

Años 70



Caballeros, nuestra tarea consiste en persuadir al Gobierno de que la solución ideal a cualquier problema sigue pasando por inyectar más dinero.

Años 70



Ahora todo depende de ti, Miller. Sólo puede salvarnos un gran descubrimiento contable.

Años 90



Selección de viñetas cedidas por Libros del Asteroide.

El dinero y cómo tomárselo a broma

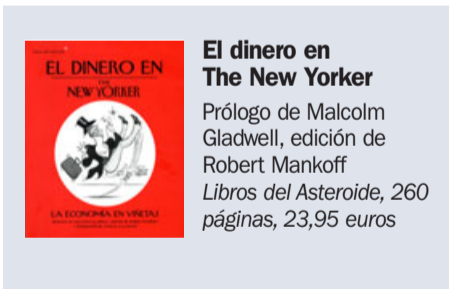
De la Gran Depresión de los veinte a las recesiones actuales, nueve décadas de viñetas humorísticas sobre el mundo de las finanzas en «The New Yorker»

♦ Luis M. Alonso

Malcolm Gladwell es, para quienes no estén familiarizados con su nombre, un escritor canadiense, periodista y crítico cultural de «The New Yorker», autor de perspicaces libros como «Inteligencia intuitiva» (2005) o «Fuera de serie» (2008). En «Lo que vio el perro», otra de sus publicaciones, también traducida al español, recoge algunos de los ensayos reportajes más interesantes que en su día aparecieron en las páginas de la revista neoyorquina.

La primera pregunta que se hace Gladwell en el prólogo de «El dinero en The New Yorker. La economía en viñetas», edición de Robert Mankoff, editado por Libros del Asteroide, es qué diantres le pasa a la publicación donde trabaja cuando piensa en el dinero. La respuesta inmediata, añade, es bromear sobre ello. Lleva razón cuando escribe que ninguno de los estiradamente cultos escritores del «New Yorker» se ve reflejado en el tipo que se desgañita en mitad de una fiesta voceando cómo se forró en el otoño de 2007. «No estábamos invitados. Estábamos en casa relejendo “Middlemarch”», la novela realista compuesta por ocho libros que escribió George Eliot sobre la vida provinciana en un pueblo de las Midlands y que algunos, desde Virginia Wolff, consideran una de las cumbres literarias en lengua inglesa de todos los tiempos. «Middlemarch», of course.

Sin embargo, pese a ese desapego por las cuestiones monetarias, el «New Yorker» no ha perdido ocasión de dedicarle ríos de tinta al dinero y sus constantes fluctuaciones. También a las conmociones que produce



El dinero en The New Yorker
Prólogo de Malcolm Gladwell, edición de Robert Mankoff
Libros del Asteroide, 260 páginas, 23,95 euros

desde la Depresión en la década de los veinte a las actuales recesiones económicas.

Quienes han leído ocasionalmente o acostumbran a leer las páginas de «The New Yorker» han podido sonreír, eso sí, guardando las debidas distancias, con un banquero tirándose del puente de Brooklyn o el director de cualquier entidad financiera arrojándose del piso más alto de un edificio bajo la mirada atenta de otros dos tiburones que sacan en conclusión: si Prescott se suicida es porque sabe algo que ellos desconocen. Otra de las preguntas que Malcolm Gladwell se hace es precisamente por qué, siendo algo tan trágico, el suicidio ha podido convertirse en uno de los elementos más cultivados por el afamado humor gráfico de la revista donde escribe. La representación cómica del hombre que se arroja al vacío como consecuencia de que los valores bajan estrepitosamente no tiene nada que ver con la malicia, ni con alegrarse del dolor ajeno. «El suicidio es romántico», concluye

Años 2000



Bueno, chicos. Vamos allá, a ganar cuatrocientas veces más que nuestros empleados.

Años 2000

Años 2000



Supongo que esperan un rescate.



Pasé siete años en una compañía de inversión de primer nivel y un año y medio en una institución penitenciaria de altos vuelos.



William Faulkner en su faceta de crítico

El mundo del escritor sureño conserva todo su vigor a los cincuenta años de su muerte



◆ Ignacio Gracia Noriega

A los cincuenta años de su muerte, el mundo de Faulkner continúa vivo y vigoroso, para ejemplo y desesperación de los novelistas posteriores, entre los que tuvo muy mala influencia, al menos en España, donde se llegó a creer por imitarle que se conseguían grandes novelas por el excelente procedimiento de escribir frases largas. Todos los Macondos que en el mundo han sido son muy poquita cosa, con la excepción, tal vez, de «Región», porque la imitación que hace Benet del maestro es tan literal que no puede ser otra cosa que humorística, y el humorismo, en literatura, sobrevive. Imitar a Faulkner, en cualquier caso, parece fácil y es imposible: sería como imitar al otro gran William, a Shakespeare.

La lectura de Faulkner, siempre provechosa, siempre apasionante (él aconsejaba a quienes no entendieran sus libros a la tercera lectura que lo intentaran la cuarta) produce euforia y el desasosiego de entender que alcanzó tal altura que no podrá ser superada y que solo se da en los más grandes: Balzac, Stendhal, Dickens, Dostoiewski, Tolstoi y tal vez Flaubert.

En el siglo XX, solo dos novelistas que se aproximen a la altura de Faulkner, Thomas Mann y James Joyce, a quienes él consideraba como «los dos grandes hombres de mi tiempo», añadiendo que es necesario acercarse al «Ulises» como el pastor bautista lo hacía al Antiguo Testamento: con fe. De los tres, Mann es un epígono del siglo XIX que a veces deriva hacia el ensayismo, mientras que el mundo de Joyce es más reducido que el de Faulkner, aunque no lo sea su imaginación verbal. Pero Dublín es mucho menos como materia novelística que el condado de Yoknapatawpha. No obstante, Joyce y Faulkner tienen en común algo que no tiene Mann, más disperso: acotan un territorio que es suyo propio, personal e intransferible (Faulkner se proclama del pie del mapa de Yoknapatawpha que figura en «Absalón, Absalón») como «su único dueño y propietario», y ese territorio está lleno de vida, de clamor, de historia y de mito. Faulkner tuvo suerte en España, sus obras llegaron desordenadamente, pero entre ediciones en España y en Hispanoamérica se publicaron todos sus grandes libros y algunos textos menores como «Historias de Nueva Orleans» (que debería titularse «Viejas historias de Nueva Orleans») y otros textos dispersos. Asimismo, se publicó su poesía y hasta un cuento infantil, «El árbol de los deseos». Faltaba una edición que recogiera su prosa no narrativa, cosa que ahora hace el volumen escuetamente titulado «Ensayos & discursos», publicado por la editorial Capitán Swing Libros, de Madrid, con motivo de haberse cumplido cincuenta años desde su muerte.

William Faulkner murió el 6 de julio de 1962 en Oxford (Misisipi) de un ataque cardíaco. Tratándose de uno de los autores que más habían influido en las letras españolas de ambos lados del Atlántico en aquella época, se publicaron con ese motivo numerosas necrológicas en las dos orillas. El uruguayo Onetti escribió un texto coquetamente apresurado en el que reconoce que «lejos, muy adelante de todos no-

sotros, está Faulkner» y que «dejaría de escribir gustoso si me dieran, en cambio, la tarea de administrarlo» (cosa que, por desgracia, no sucedió). En «ABC», el católico prácticamente José María Souviron publicó un artículo muy emotivo y muy mal informado, en el que reprochaba al novelista que se hubiera olvidado de «la segunda persona de la Trinidad», la cual, añade cristianamente el necrólogo, «no habrá dejado de ocuparse de ti mientras tú agonizabas». Leyó poco a Faulkner Souviron. En «Una fábula», la segunda persona de la Trinidad es una presencia alegórica casi constante, lo mismo que en la tercera parte de «Réquiem para una mujer». En cuanto al cristianismo, Faulkner opinaba que «se trataba de un código de conducta individual de cada persona, por medio de cual ésta se hace un ser humano superior al que su naturaleza quiere que sea si la persona solo obedece a su naturaleza».

Nos faltaba, para tener a Faulkner completo, una muestra amplia y digna de crédito de su prosa de no ficción, a la que se puede calificar como «ensayística», porque el ensayo a partir de Montaigne es lo mismo que la novela a partir de Cervantes: un saco en el que cabe todo.



Nos faltaba para entender a Faulkner una muestra amplia de su prosa de no ficción

Faulkner no era un crítico, pero tenía ideas muy claras sobre la literatura. Una de las más importantes es: «Un autor nunca llegará a ninguna parte adoptando un estilo solo por tener un estilo determinado. Tiene que tener algo que decir». El inconfundible estilo de Faulkner es, más que la envoltura de un mundo complejo, la manera de darle expresión. Sabía muy bien que cuando el carpintero se dispone a construir una mesa o una silla no se preocupa de la forma del martillo, sino de manejarlo de la manera más adecuada. También opina que el mejor aprendizaje para un escritor es leer y hablar con la gente. Viajar para adquirir experiencia le parecía una tontería: «Homero lo hizo bastante bien sin viajar». Son consejos útiles, aunque a algunos les parezcan anticuados.

Este volumen, acaso para demostrar que no deja ningún texto olvidado, incluye algunos innecesarios, como unas líneas dando las gracias a un alcalde, otras sobre la administración de los bienes de su madre o sobre las ardillas de los bosques de su granja. Tenía la costumbre de enviar cartas a los periódicos, que se recogen, y hay discursos de carácter sentimental o más o menos institucional, y su discurso del premio Nobel, uno de los grandes textos literarios y morales del siglo XX: «La voz del poeta no solo tiene que ser el registro del hombre, puede ser uno de los pilares que le ayuden a resistir y a prevalecer».

Años 90



C. Berzatti

Mira, mira, por ahí va otra vez la mano invisible del mercado haciéndonos un corte de manga.

Gladwell, «y el romántico se ríe antes que nada de sí mismo por ver una tragedia personal en el comportamiento del mercado y, mientras cae al vacío, se ríe también del realista por no ser capaz de verla».

Algunos, los realistas, pensarán que la cosa no es para tomársela a broma. Sin embargo, hay quienes piensan, como es el caso de Gladwell, que el realista puede quedarse con su château y sus lágrimas. Los románticos siempre preferirán la risa o, en último extremo, se conformarán con unas carcajadas.



Más de un centenar de viñetistas reunidos en una crónica ilustrada sobre el dinero y sus padecimientos

«El dinero en The New Yorker» es un libro para disfrutar de depresiones y recesiones. Incluye viñetas de más de un centenar de dibujantes, clasificadas, según su publicación, por décadas, desde los veinte (*roaring twenties*) a los tiempos de hoy. Con un denominador común: las cosas en cuestión de dinero no pueden ir peor. Al mismo tiempo que hemos asistido a un derrumbe financiero de dimensiones monumentales, se nos ha brindado una vez más la oportunidad de seguir la historia gracias a quienes han elegido contarla antes que vivirla. En crónicas inolvidables sobre la perversión del sistema o dibujándola en viñetas, del modo que lo han hecho los humoristas de la publicación neoyorquina que nos ocupa.

Legendarios dibujantes habituales de la revista a lo largo de su historia como Alan Dunn, Joseph Farris, Charles Adams, George Booth, Ed Fisher, Alain, William Hamilton, Tom Cheney, Robert Weber o Christopher Weyant dejan su huella en las 257 páginas del libro editado por Mankoff, ya en España. Búsquenlos. De momento, ahí va una de viñetas como adelanto de esta historia ilustrada sobre el dinero y sus padecimientos a través de los años.

Hola, hijo. Supongo que ahora lo de criar pollos no es tan mala idea.

